

## **Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 8b, Hebreos 9:1-10:18: Cristo, nuestra expiación (Parte 2)**

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

En los primeros versículos del capítulo 10, el autor vuelve a considerar la causa de la incapacidad de los sacrificios del primer pacto para perfeccionar a los que se acercan. De esta manera, establece de nuevo la necesidad de la obra del sacerdote según el orden de Melquisedec. Porque la ley, al contener una sombra de los bienes que estaban por venir, y no la semejanza misma de esos bienes, nunca puede perfeccionar a los que se acercan por medio de los mismos sacrificios anuales que ofrecen perpetuamente.

Aquí, el autor llama a la ley, en efecto, una sombra de lo que estaba por venir. Anteriormente había aplicado este término sólo a la copia terrenal del tabernáculo celestial en el capítulo 8, versículo 5, pero ahora extiende el término sombra para describir la naturaleza de toda la ley del culto. Carece de eficacia porque carece de sustancia real, apuntando vagamente hacia adelante y hacia atrás, hacia ese ritual que posee el poder necesario para eliminar los pecados, es decir, la ofrenda de sí mismo por parte de Jesús.

Para muchos estudiosos, la palabra sombra evoca automáticamente visiones platónicas del cosmos y de la realidad. Quizá conozcan la alegoría de la caverna de Platón en su República, donde Sócrates describe a la mayoría de las personas como personas que miran hacia el lado opuesto a la entrada de una caverna, la fuente de luz, y miran la pared que tienen frente a ellas, y ven sombras que pasan ante ellas, pero nunca giran la cabeza hacia la entrada de la caverna para ver a las personas reales que pasan y proyectan esas sombras contra la pared. Nuestro autor, sin embargo, se aleja en algunos aspectos muy importantes del pensamiento platónico porque está comprometido con un marco temporal en el que Dios interviene en la historia humana.

La ley es la sombra de las cosas reales que todavía están en el futuro, no de las cosas que ya existen en el reino de los conceptos mentales, como en la filosofía de Platón. La ley es la sombra de las cosas buenas que estaban por venir desde el punto de vista de Moisés y que ahora, desde el punto de vista del predicador, han llegado de hecho en el sumo sacerdocio de Jesús. La repetición anual de los sacrificios prescritos por la Torá, y aquí el autor está pensando principalmente en el ritual anual del Día de la Expiación, señala para el autor su ineficacia.

Como prueba de ello, ofrece un argumento contrario: si estos rituales pudieran purificar la conciencia, ¿no habrían dejado de ofrecerse, puesto que los fieles

quedarían purificados de una vez por todas y ya no tendrían pecados en su conciencia? Pero en estos rituales hay un recordatorio anual de los pecados. La suposición implícita aquí es que la limpieza de la conciencia debe ser un acto de una sola vez y que los pecados no volverán a acosar la conciencia de nuevo.

El autor puede tener en mente aquí los dos lados del nuevo pacto en el oráculo de Jeremías. Por un lado, la eliminación de los pecados antiguos que se interponían entre el pueblo de Dios, y por otro lado, el vivir lo que agrada a Dios porque Dios ha plantado los requisitos de Dios internamente en la mente y en el corazón, para no contaminar de nuevo la conciencia. Según nuestro autor, los sacrificios interminables realizados bajo el sacerdocio levítico logran un objetivo muy diferente.

En lugar de eliminar los pecados, afirma que en ellos hay un recordatorio anual de los pecados. Esta afirmación parece estar basada en una generalización de un sacrificio particular de Números capítulo 5, versículo 15, el sacrificio que se realizaba para recordar los pecados del sospechoso de adulterio, un sacrificio ofrecido por un esposo celoso para que su esposa sintiera remordimientos y su culpa saliera a la luz. El autor considera este único sacrificio como un recordatorio de los pecados y lo aplica como un principio general a todo el sistema de sacrificios, incluidos los sacrificios del Yom Kippur o del Día de la Expiación.

Tal generalización de una ley específica puede parecernos muy extraña, pero no era exclusiva de nuestro autor. Filón de Alejandría, por ejemplo, utiliza ese mismo texto, Números 5:15, como prueba de que el sacrificio de la persona cuyo corazón no está bien con Dios no hace más que recordarle a Dios su pecaminosidad. El autor de Hebreos ha presentado, en efecto, una interpretación ideológicamente motivada del Día de la Expiación.

Para sus participantes, sin duda era más que un simple recordatorio de los pecados. Levítico 16, versículo 30, por ejemplo, da todas las indicaciones de que el ritual debía funcionar. Leemos allí: En este día se hará expiación por vosotros, para limpiaros de todos vuestros pecados; seréis limpios ante el Señor.

El autor de Hebreos, sin embargo, podría admitir que los ritos reparan la relación, pero argumenta con éxito que no la mejoran particularmente. En su opinión, sigue siendo decisiva la estricta limitación del acceso a Dios bajo el primer pacto y sus ritos. Yom Kippur representó y perpetuó el acceso limitado y gradual a Dios prescrito por la Torá.

Nunca sirvió para que el pueblo rompiera las barreras que lo separaban de Dios. En un sentido último, entonces, nunca hizo que el pueblo estuviera verdaderamente limpio ante el Señor. Para probar esta negación radical de la eficacia de Yom Kippur, el autor agrega el principio de que es imposible que la sangre de toros y machos cabríos quite los pecados.

El hecho de que el autor pudiera hacer semejante afirmación debería sorprendernos bastante, especialmente a la luz de Levítico 16:30, o incluso más básico a la luz de Levítico 17, versículo 11, donde se oye la voz del Señor que afirma que la vida de la carne está en la sangre, y os la he dado para hacer expiación por vuestras vidas sobre el altar, porque como vida, es la sangre la que hace expiación. El autor de Hebreos, sin embargo, se encuentra a más de un milenio de distancia de tales prescripciones rituales y tiene el beneficio de mirar atrás a la crítica de los profetas judíos a los sacrificios de animales. En esos escritos, los profetas expresaron su preocupación de que los rituales sacrificiales no debían usarse simplemente como medicina contra las consecuencias justas de la opresión y la injusticia sin paliativos.

Profetas como Isaías ya elevaron el valor de la obediencia en primer lugar por sobre las ofrendas por el pecado que se hacían después de un fracaso. También enfatizan la importancia de internalizar los valores positivos del amor y la misericordia en el trato con los hermanos israelitas y de evitar la injusticia y la explotación. El autor también puede recordar los oráculos de Dios, hablando de la insatisfacción de Dios incluso con su aversión y rechazo a la realización de sacrificios animales sin la dedicación de corazón y vida que los acompaña.

Isaías 1, versículos 11 al 13, es un ejemplo típico de esta corriente profética: ¿Qué es para mí la abundancia de vuestras ofrendas?, dice el Señor. Estoy harto de holocaustos de carneros y de grosura de corderos.

No quiero la sangre de toros y machos cabríos. No sirve de nada ofrecer ofrendas. El autor de Hebreos, de hecho, ha utilizado la frase sangre de toros y machos cabríos de este texto de Isaías dos veces durante su exposición sobre el sacrificio superior de Jesús.

Primero en el capítulo 9, versículo 13, y nuevamente aquí en el capítulo 10, versículo 4. Lo que en los textos proféticos era un intento de salvaguardar la integridad del sistema de sacrificios se convierte en Hebreos en una declaración de la ineficacia total del sistema mismo. Habiendo establecido la necesidad de un sacrificio que fuera más allá de lo que era posible dentro del sistema sacerdotal levítico, el autor ahora busca en las Escrituras una garantía para su convicción de que Jesús satisfizo esa necesidad. El autor recurre al Salmo 40, versículos 6 al 8, como la prueba principal de sus afirmaciones radicales sobre la ineficacia de los mismos sacrificios animales que Dios había legislado y también como la garantía para la ofrenda voluntaria que una sola víctima humana podía lograr cuando esos sacrificios no podían.

Así, pues, leemos: cuando vino al mundo, dice: No quisiste sacrificios ni ofrendas, sino que me preparaste un cuerpo. No te agradan los holocaustos ni las ofrendas por

el pecado. Entonces dije: He aquí que vengo, en el capítulo del libro está escrito acerca de mí, para hacer, oh Dios, tu voluntad.

Dice más arriba que los sacrificios y las ofrendas y los holocaustos y las expiaciones por el pecado no los quisiste ni te agradaban, cosas que se ofrecen según la ley. Luego dice: He aquí que vengo para hacer tu voluntad. Quita lo primero para poner de pie lo segundo, por el cual seremos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.

Cuando comparamos la cita del Salmo 40 tal como se da en el texto de Hebreos con una traducción del Salmo 40 que se encuentra, por ejemplo, en la mayoría de las traducciones al inglés del Antiguo Testamento, notaríamos algunas diferencias importantes. Esto se debe a que, nuevamente, el Antiguo Testamento en inglés en prácticamente todas las Biblias se basa en el texto hebreo, el texto masorético, mientras que el autor de Hebreos está leyendo el Salmo 40 en su traducción griega, comúnmente conocida como la Septuaginta. En el texto hebreo del Salmo, leeríamos: sacrificio y ofrenda no deseas, pero espigas has cavado para mí.

No has exigido holocaustos ni expiaciones por el pecado. Entonces dije: Mira, yo vengo según la ley del libro que está escrito acerca de mí. Me deleito en hacer tu voluntad. Oh Dios mío, tu ley está escrita en mi corazón.

La confesión del salmista: “Me has cavado orejas” sugiere que la obediencia a la Torá, la provisión de oídos para oír y prestar atención a los mandamientos de Dios, debe reemplazar la transgresión de la Torá, lo que hace que los sacrificios de animales que el salmista todavía considera efectivos sean necesarios en primer lugar. Pero los judíos que tradujeron el Salmo hebreo al griego tradujeron “Me has cavado orejas” como “Me has preparado un cuerpo”. Este cambio podría haberse introducido como una imagen más estéticamente agradable, ya que el cavar orejas podría considerarse una imagen demasiado fea o simplemente demasiado antropomórfica en su presentación de la acción creativa de Dios.

Sin embargo, el traductor habría estado comunicando el mismo significado que el texto hebreo. La obediencia a la Torá, el hecho de recibir un cuerpo con el cual cumplir las estipulaciones del pacto de Dios, agrada a Dios, mientras que la transgresión seguida de sacrificios expiatorios no agrada a Dios, aunque todavía puede asegurar el perdón. Sin embargo, el autor de Hebreos encuentra una interpretación muy diferente cuando aplica este salmo a los labios de Jesús.

Una práctica exegética suya que ya hemos encontrado a lo largo de este sermón. Al mismo tiempo, él lee esto en línea con su principio de que una palabra más reciente de Dios puede corregir, aclarar o incluso anular un pronunciamiento más antiguo. Es decir, Dios puede haber instituido los sacrificios de animales en Levítico, pero en la

voz del salmista siglos después, este oráculo de Dios declara la falta de placer de Dios en esos sacrificios por completo y el deseo de Dios por algo diferente.

Cuando el autor de Hebreos introduce la cita de este salmo con la frase “por tanto, cuando él, es decir, el hijo de Jesús, venga al mundo”, establece sutilmente el contexto hermenéutico para la interpretación del pasaje del salmo. La preparación de un cuerpo se escucha ahora como el hijo que asume la carne y la sangre compartidas por muchos hermanos y hermanas. La Palabra se hace carne, por así decirlo, en la encarnación.

Después de recitar el texto del salmo, el autor lo repasa una segunda vez, destacando el contraste entre el rechazo de Dios a los sacrificios que se ofrecen según la ley y la aceptación implícita de otro tipo de sacrificio que implica la obediencia voluntaria del hijo para quien Dios ha preparado un cuerpo como sustituto de las ofrendas anteriores, los holocaustos y los sacrificios de animales. Así, en el Salmo 40, nuestro autor encuentra una garantía bíblica autorizada que sostiene su afirmación de que los sacrificios de animales no logran nada significativo para la relación entre lo divino y lo humano. De hecho, Dios los ha dejado de lado en favor de la ofrenda de Jesús.

Como el propio autor había escrito, él deja de lado o quita lo primero para establecer lo segundo. El significado de hacer la voluntad de Dios en el salmo se aclara en el versículo 10. Por medio de esta voluntad, hemos sido santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.

El autor recontextualiza aquí tres palabras clave de la cita del salmo, ofreciendo el cuerpo y incrustando estas palabras en su interpretación decisiva de este texto del salmo. El salmo se transforma de una declaración de compromiso con la observancia de la Torá como un mejor medio para agradar a Dios en un oráculo que anuncia el medio por el cual la voluntad de Dios para la voluntad se cumplirá mediante el autosacrificio del cuerpo de Jesús preparado para él por Dios para este mismo propósito. De este modo, las Escrituras proporcionan la garantía para el extraño sacrificio que la iglesia primitiva creía que era la muerte de Cristo.

En el capítulo 10, versículos 11 a 18, el autor concluye su argumento central. Lo hace citando el Salmo 110, versículo 1, “siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”, un versículo que ha tenido prominencia a lo largo de este sermón en su análisis de la obra sacerdotal de Jesús. Al hacerlo, el autor puede confirmar sus afirmaciones sobre la eficacia del sacrificio de Jesús de una vez por todas de una manera sorprendente.

Así, pues, leemos: Y todo sacerdote está de pie diariamente ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios que nunca pueden quitar el pecado. Pero éste, habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, se sentó permanentemente a la

diestra de Dios por el tiempo que resta, esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies. Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.

El autor está exponiendo aquí las implicaciones del Salmo 110 versículo 1, el sentarse de Jesús para el sacerdocio de Jesús, que es el tema del Salmo 110 versículo 4. Estar de pie era conocido como la postura de servicio en el tabernáculo y el templo. Deuteronomio 10 versículo 8 habla de la tribu de Leví como aquellos que son apartados, citando, para estar de pie delante de Dios para servir. Los levitas son descritos como aquellos que, citando nuevamente, están de pie para ministrar allí delante del Señor en Deuteronomio 18 versículo 7. Cuando el sacerdote, según el orden de Melquisedec, es invitado a sentarse a la diestra de Dios en el Salmo 110 versículo 1, el autor infiere que el texto está diciendo algo significativo acerca del sacerdocio de Jesús.

El salmo presenta un sacerdocio que no se involucraría en una actividad de culto repetida, una actividad que requeriría que un sacerdote estuviera de pie. En cambio, el Salmo 110, versículo 1, anticipa un acto sacerdotal completo después del cual el titular del sacerdocio en la línea de Melquisedec podría sentarse durante el largo intervalo entre su ascensión y la subyugación final de sus enemigos. Al regresar a ese segundo componente del Salmo 110, versículo 1, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies, el autor también regresa a la cuerda escatológica que tocó en el capítulo 9, versículos 26 a 28.

Sin embargo, aquí destaca el otro lado de la segunda aparición de Jesús. No será sólo para recompensar a quienes lo esperan con ansias, como dijo en 9, 26 a 28, sino también para someter a quienes se oponen al hijo en lugar de convertirse en sus socios y amigos. Para aquellos cristianos entre los destinatarios que siguen comprometidos, esto proporciona una grata seguridad de que el Dios que reivindicó el honor de Jesús también reivindicará el honor de los clientes de Jesús contra aquellos que se han opuesto ferozmente a ambos.

Sin embargo, para aquellos que dudan en su compromiso y están sopesando las ventajas de retirarse de la asociación abierta con el nombre de Cristo, estas alternativas los ayudarán a permanecer dentro del grupo cristiano. El predicador reforzará esto en las exhortaciones que siguen en la sección que comienza con Hebreos 10 versículo 19. Uno puede disfrutar de la purificación de la conciencia, que permite un acceso sin precedentes a la presencia misma de Dios, o puede irse al extremo opuesto y encontrarse con el hijo como enemigo y a Dios como juez y agente de castigo.

El autor ha enmarcado el versículo 14 del capítulo 10 como la solución a la promesa, perdón, al problema anunciado en el versículo 1 del capítulo 10. Tres términos o frases compartidas marcan los versículos 1 y 14 como inclusión, como si fueran los

extremos verbales de esta sección. Mientras que los sacrificios ofrecidos perpetuamente prescritos por la Torá no pueden perfeccionar a aquellos que se acercan a Dios, Jesús, mediante un solo sacrificio, ha perfeccionado para siempre a los adoradores que se acercan a Dios a través de él.

Los tres términos que se comparten aquí son ofrenda, perpetuamente y perfecta, y esto indica a los oyentes que el problema planteado en el versículo 1 ya está resuelto en el versículo 14. El primer párrafo de la exhortación que sigue a esta larga exposición del capítulo 10, versículos 19 al 22, instará a los oyentes a retener las ventajas que les ha traído su nueva y más completa purificación por Cristo. Esta exhortación también hace eco de la exhortación anterior del capítulo 4, versículos 14 al 16, de modo que, en esencia, todo el argumento central del sermón sobre el sacerdocio de Jesús ha servido para mostrar por qué los oyentes pueden actuar con confianza en base a la exhortación dada previamente en el capítulo 4, versículos 14 al 16, y por qué los oyentes pueden estar seguros de su acceso a la presencia de Dios y a la ayuda oportuna de Dios para su perseverancia en su peregrinación cristiana hacia su mejor ciudad y patria.

El autor concluye esta sección central con una segunda recitación de Jeremías 31, esta vez sólo los versículos 33 y 34, para completar su discurso. Había citado todo Jeremías 31:31 a 34, en Hebreos 8, versículos 7 a 13. Aquí, la repetición de algunos de esos versículos sirve como una especie de QED escritural para la exposición del autor.

Una declaración, mira, he probado lo que me he propuesto probar, mostrando cómo el oráculo profético de Jeremías se cumplió en verdad en la muerte de Jesús y en la actividad posterior a la resurrección. No hay una autoridad menor que el Espíritu Santo que se traiga para dar testimonio de la verdad de lo que el autor ha estado exponiendo. Y el Espíritu Santo también nos da testimonio a nosotros, porque después de decir, este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor, poniendo mis leyes en sus corazones, y las escribiré incluso en sus mentes, y ciertamente no me acordaré más de sus pecados y transgresiones.

Donde hay perdón de estos, ya no hay ofrenda por los pecados. El hecho de la inauguración del nuevo pacto, premisa básica de la cultura cristiana y que no es probable que sea discutida por la audiencia del predicador, significa, según el oráculo de Jeremías, el perdón decisivo de los pecados. Esto es evidencia, una vez más, de la verdad de la afirmación que el autor hizo en Hebreos 10 versículo 14.

El autor llama la atención sobre dos componentes de la promesa del nuevo pacto: no sólo la promesa de Dios de eliminar los pecados que se interponían entre Dios y su pueblo, sino también la promesa de Dios de dotar al pueblo de una conciencia interior de lo que agrada a Dios, para que el pueblo pudiera vivir en obediencia y de

una manera que agradara a Dios. El autor exhorta además a la congregación a aprovechar ambos beneficios que ofrece el nuevo pacto.

En exhortaciones antes y después de este discurso central, los llama a aprovechar la ventaja de ir con valentía al trono de Dios, y los llama a lo largo del sermón a vivir vidas que Dios considere con aprobación. Lo que escribe en la conclusión aquí, donde hay perdón de estos, ya no hay lugar para una ofrenda por el pecado, y lo tomará en dos direcciones. Aquí, la declaración se lee positivamente como una afirmación de la eficacia decisiva de la muerte de Jesús en nuestro favor.

Sin embargo, unos pocos suspiros después, en el capítulo 10, versículos 26 al 31, el autor volverá al hecho de que no queda ningún sacrificio por los pecados como parte de su advertencia más amenazante de no apartarse de aquel que ha hecho esta ofrenda decisiva y final por el pecado en su nombre. Hebreos 9:1 a 10:18, la segunda mitad del discurso central del autor sobre el sacerdocio de Jesús, ha adelantado los objetivos retóricos del autor para este sermón de varias maneras importantes. En primer lugar, refuerza convicciones clave dentro de la comunidad cristiana sobre Jesús, su muerte y sus consecuencias.

El predicador presenta estos acontecimientos como la realización de la expiación decisiva por los pecados y la preparación decisiva de los seguidores de Cristo para entrar en la presencia eterna de Dios, y también establece el significado de la muerte y ascensión de Jesús como la inauguración del nuevo pacto, la promulgación de sus promesas. En segundo lugar, en la presentación que hace el autor de lo que es esencialmente un acto ritual celestial invisible, el autor invita a los oyentes a participar imaginativamente en lo que está sucediendo o lo que ha sucedido históricamente en el reino invisible después de la ascensión de Jesús, su partida del reino visible. Entre otras cosas, esto reforzará para los oyentes la realidad de ese otro reino, así como la realidad de la actividad más allá de la muerte.

Estos son particularmente importantes ya que el autor tiene la intención de lograr que los oyentes vivan no sólo para esta vida sino para la vida del siglo venidero, y el autor tiene la intención de lograr que los oyentes sigan dejando de lado los bienes de esta vida, de este mundo material visible, a favor de lo que poseen en esa esfera celestial invisible. Cuanto más pueda involucrarlos en pensar en esa esfera como una realidad, como un lugar donde tiene lugar la acción real, como cuando Jesús entró allí en su lugar y se sentó a la diestra de Dios, más los liberará de pensar en este mundo, esta realidad visible, como la única realidad por la que deberían preocuparse. En tercer lugar, expone las ventajas incomparables y sin precedentes que Jesús ha obtenido para ellos y de las que ellos disfrutaban sobre la base de su apego a Jesús.

Esta presentación de la ventaja se convierte en la base de las exhortaciones del autor, tanto las que ya había lanzado en el capítulo cuatro como las exhortaciones

posteriores que ocuparán el resto de su sermón. Estos capítulos continúan desafiándonos a medida que pensamos en el discipulado y el ministerio en nuestro contexto. En primer lugar, no podemos leer la crítica del autor al acceso gradual a Dios bajo el sistema levítico sin pensar críticamente en cómo podríamos estar limitando el acceso a Dios y creando nuevas jerarquías dentro de nuestras congregaciones cristianas.

Aunque el clero cumple funciones muy importantes dentro de la Iglesia, siempre existe el peligro de que la distinción entre laicos y clérigos restablezca el tipo de acceso gradual a Dios que el autor de Hebreos consideró un defecto profundo del sistema levítico. El clero podría ser visto como nuevos mediadores en lugar de simplemente como facilitadores y capacitadores para todo el cuerpo de creyentes que juntos ejercen el sacerdocio con el que Dios los ha investido a todos por igual. El clero también podría ser visto como profesionales del ministerio, aquellos que son apartados para hacer el trabajo de la Iglesia en lugar de capacitadores de todos los ministros de la Iglesia que han sido santificados por la ofrenda de Jesús para su propio ministerio sacerdotal de extender el favor de Dios a los demás.

Existe también el peligro de que los laicos no consideren su vida tan sagrada como la del clero y no asuman las responsabilidades que su consagración espiritual por Cristo les impone. El Sermón a los Hebreos llamará a los creyentes a ofrecer sacrificios de adoración, testimonio y actos de amor y servicio en el capítulo 13. El predicador, de este modo, presenta la actividad diaria de los laicos en el lenguaje de la actividad sacerdotal.

Por lo tanto, nos corresponde a nosotros en la Iglesia, mientras continuamos honrando el trabajo de los profesionales del ministerio a tiempo completo y honrando lo que el clero aporta a la congregación, no reinstaurar la división, el sistema de castas vigente, que el autor de Hebreos ve que Jesús superó en su trabajo sacerdotal en nombre de todo el pueblo de Dios. La eliminación de todas las barreras que impiden ahora nuestro acceso a Dios nos llama a todos a un ministerio diligente en la oración y en la difusión, uniéndonos al trabajo propio de los sacerdotes, anunciando la reconciliación de Dios con los seres humanos y llamando a otros a la nueva e íntima forma de relacionarnos con Dios que Jesús ha abierto para todos nosotros. En segundo lugar, el autor de Hebreos nos deja con la conciencia de vivir entre el trabajo sacerdotal que Jesús ha realizado en nuestro nombre en su muerte, resurrección y ascensión y el trabajo que Jesús aún debe hacer cuando regrese por segunda vez, no para ocuparse de los pecados, sino para recompensar a quienes lo esperan ansiosamente y subyugar a sus enemigos.

Nuestra tarea en este interín es permanecer fieles a nuestro patrón divino reconciliado y seguir comprometidos con el pueblo llamado por el nombre de Dios, mostrar lealtad frente a una sociedad incrédula, a veces burlona, a veces incluso hostil, y como lo expresa el autor en Hebreos 9:28, esperar ansiosamente a Cristo.

Esta espera significa elegir nuestras actividades, establecer nuestras prioridades y dar forma a nuestras ambiciones a la luz de ese día cuando Cristo aparecerá por segunda vez. Con nuestras ambiciones así enfocadas, al dedicarnos al testimonio, la adoración, los actos de amor y la participación, descubrimos que en verdad estamos cumpliendo la ley escrita en nuestros corazones y mentes, viviendo vidas que agradan a Dios y evitando nuevas contaminaciones de la conciencia.